

CAPITULO IX.

La feria de Tlalpam.

Han trascurrido algunas horas desde que vimos al doctor dirigirse á la prision en que gemia la desdichada Luz.

El sol del nuevo dia se habia presentado claro y esplendente.

Sus primeros rayos sorprendieron á D. Diego, al esposo de Elisa, revisando un plan de juego que habia concebido, segun él, para ganar siempre.

Despues arregló todo para su marcha, y dueño del dinero que acababa de entregar á su esposa un criado de parte de la hermosa Clotilde, salió de su casa con el corazon

henchido de placer y de esperanza, se metió en un ómnibus, y acariciando en su imaginacion mil bellísimos proyectos para el porvenir, partió para Tlalpam, seguro del feliz éxito de su empresa.

Dejémosle, pues, caminando engolfado en un océano de risueñas ilusiones, y ocupémonos entre tanto en dar á conocer al lector el pintoresco sitio á que se dirige, y uno de los mas animados y deliciosos en los alegres dias en que nos encuentra nuestra historia.

Despues de Tacubaya, que debe considerarse como el Aranjuez de México, el pueblo de mas importancia de los que rodean á la hermosa capital del antiguo imperio azteca, es *San Agustin de las Cuevas*, que aun conserva el nombre primitivo de *Tlalpam*, que tuvo antes de la conquista, y que en mexicano quiere decir *tierra arriba*.

Su situacion es de las mas poéticas.

Hermosas haciendas donde se da en abundancia el trigo, el maíz y la cebada, se extienden á sus piés; riquísimas huertas, cubiertas de árboles frutales la engalanan; es-

paciosas calzadas, orilladas de frondosos álamos, le ponen en comunicacion con la grandiosa capital de México, y cristalinos manantiales de agua, como el llamado *Ojo del Niño*, la fertilizan.

Pero no es de su frondosidad ni de su deliciosa posicion de las que me voy á ocupar en este instante, sino del risueño aspecto que presenta en la Pascua del Espíritu Santo, en que se celebra una feria por espacio de tres dias, y en los cuales se traslada la poblacion entera de México á las rústicas casas de San Agustin, que dista cuatro leguas de la capital.

La feria de *Tlalpam* es acaso la única, en su especie, en el mundo. En ningun país, al menos que yo lo sepa, tiene lugar un espectáculo tan sorprendente y que despierte mas la codicia del menos afecto á los tesoros terrenos.

No es una feria como las que se celebran en las grandes naciones europeas adonde concurren los comerciantes, los campesinos y los fabricantes, unos con sus géneros, y con sus ganados otros, á vender sus mer-

cancias. Aquí es una feria donde solo es menester que le sople á uno la fortuna por un instante, para enriquecerse. Son tres dias destinados al juego, y en que el libro de cuarenta hojas es el árbitro del porvenir de muchas familias.

Desde los gobiernos vireinales le fué concedida á S. Agustin de las Cuevas, la feria que se celebra los tres dias de la Pascua del Espíritu Santo. En ella está permitido el juego, y las personas que en la ciudad no son capaces de arriesgar el valor de un garbazo al azar de una carta, aquí arriesgan algunas onzas por vía de pasatiempo, y por pagar tributo á la costumbre.

No hay un solo carruaje que esté ocioso en México desde el primer dia de Pascua: todos van á Tlalpam cargados de gentes de ambos sexos, sin distincion de clases, dispuestas á perder algo. Los dependientes, los amos, los propietarios, los artesanos, el bullicioso estudiante, el grave catedrático, los poetas, los periodistas, todo el mundo, en fin, se dirige con la esperanza en el corazon, á ese punto que halaga con el brillo

del oro que en sus mesas está dispuesto para el que sea favorecido por la suerte.

El camino está cubierto de un gentío inmenso que marcha, ya á caballo, ya en coche, ya en ómnibus, y no pocos de la clase pobre y alegre, en carretones entoldados con alguna frazada; pero todos alegres, contentos, saludándose á gritos al pasar, y cantando.

Al llegar al sitio deseado y desmontar del coche ó del caballo, el primer encuentro es el de multitud de ciegos, cojos, mancos y tullidos que le rodean á uno, le siguen y le acosan pidiendo con plañidera voz *una corta limosna por el amor de Dios*, que es el único dinero que emplea bien el hombre en aquel sitio de goees y de placeres, donde al lado de la humanidad feliz y gastadora, gime la doliente, enferma y miserable, que vive de la santa caridad.

Los carruajes se detienen á la entrada de la plaza, en que hormigean en aquel momento millares de personas de todas clases, sexos y edades.

Allí centenares de indias venden todas

las frutas de todas las zonas, el mamey, la dulce chirimoya, la pera, el rico plátano, el coco, el oloroso pero, la delicada anona, y el exquisito mango.

En distintos puntos de la misma plaza, y debajo de maltratados sombreros, enfrente á una mesa cubierta con una frazada que sirve de carpeta, se ve aquí al rolero excitando la codicia de los incautos, ofreciendo treinta por uno; mas allá al del *imperial* prometiendo iguales halagadoras ventajas; en otra parte al del *carcamán*, que con los dados en un sucio cubilete de hojalata, grita con ronca voz mientras los mueve en su cetrina mano, *por elaco medio* (1), *por cuartilla un real*; y por do quiera multitud de banqueros de corto capital, que, al aire libre, y rodeados de amigos que fingen apostar para atraer á la gente del bajo pueblo, pues ninguna otra se acerca á estas mesas sino para observar, despluman á los cándidos pichones que atraídos por el cebo de

(1) Elaco equivale á dos cuartos de España, y medio á un poco mas de un real de vellón.

la plata dejan cuanto llevan en las garras del gavilán.

Pero atravesemos por entre las multiplicadas mesas de tanto juego de azar, al rededor de las cuales se agolpa la clase menos acomodada, y penetremos en las casas principales de banca, en que noche y día, durante los tres días de Pascua, se juega sin cesar un solo instante.

Aquí todo es lujoso, imponente y régio.

Los salones están llenos de gente de fina educación, que no aparta la vista de las cartas que van cayendo sobre la mesa cubierta de onzas de oro: ni una queja, ni una palabra de disgusto sale de los labios de los jugadores; y solo interrumpe el sepulcral silencio que reina, el ruido del dinero que pasa del poder del banquero al del que ha apostado, ó del de éste al depósito de aquel.

Yo he contado muchos años veinte casas de banca, sobre cuyas mesas habia mas de dos mil onzas en cada una, con otras tantas de reserva, haciendo, entre todas, un total *de ochenta mil onzas*, ó lo que es lo mismo, *un millon, doscientos ochenta mil duros*, sin

contar las gruesas cantidades que para apostar llevan los concurrentes.

Pero ¿quién es aquel hombre de aspecto severo y de semblante pálido que está sentado cerca del que baraja, y que ostenta enfrente varios montones de onzas que acaba de pagarle en este instante el banquero?

Es Diego, el esposo de Elisa, que empieza á ver realizarse su dulce ensueño de grandeza.

En este momento le sonríe la fortuna.

Su plan no ha fallado hasta ahora, y si la inconstante diosa no le vuelve la espalda por espacio de media hora, como está firmemente convencido, pronto será dueño de todo el dinero que brilla encima de la tersa carpeta.

La voz del banquero gritó, "eíneo y caballo."

Diego puso al eíneo cien onzas.

Un jóven de expresiva fisonomía que estaba detras de él apostando á la contraria, y que por lo mismo perdía, puso todo lo que tenia, al caballo.

Un venerable anciano, oculto entre la multitud de jugadores, observaba, hacia tiempo, á este jóven, sin apartar de él la vista, y profundamente conmovido.

El tallador corrió la baraja.

Todos fijaron los ojos con indecible afan en las cartas que iban saliendo, latiéndoles el corazon á cada una que empezaba á asomar.

En sus fisonomías, que eámbian á cada instante de expresion y de color, se ve marcada, unas veces el temor, ya la esperanza, ya el placer, ya la desesperacion.

Una de las cartas empezó á presentarse.

En aquel instante varios jugadores hicieron un gesto horrible, dejando oír algunos sonidos inarticulados.

El tallador, con imperturbable calma y voz llena, gritó:

—El cinco á la segunda.

El jóven se puso cadavérico; llevó la mano á la frente para quitarse el sudor, y el anciano le miró compadecido.

Diego unió á las onzas que tenia, las cien que acababa de ganar.

El jóven se registró los bolsillos con ansiedad.

—¡Nada....! ¡No tengo nada....!

Dijo para sí con desesperacion; y miró á todas partes con frenéticos y avarientos ojos.

Su fisonomía, que era hermosa, estaba contraida por la ira y el despecho.

Se conocia que aquel jóven no habia ido á Tlalpam con el sencillo objeto de divertirse, como lo hacen generalmente los que concurren á esa fiesta.

En su gesto, en los cámbios continuos de su semblante, en su intranquilidad, en su siniestra mirada y en su constante afan, se revelaba el jugador de profesion que no tiene mas amor ni mas pensamiento que el oro.

Y no se hubiera engañado quien esto hubiese creído.

Aquel jóven, era el mismo á quien vimos desesperado en casa de Duval vender el marco de oro de un retrato que rescató despues, y cuya pasion al juego habia causado la muerte de su amada esposa y de su

inocente hija, víctimas ambas de la miseria y de su abandono.

Sí, era Ernesto, á quien el lector vió miserable y desesperado en Culhuacan en casa del padre Enrique.

Siempre que la suerte le era contraria, se proponia interiormente dejar el juego para siempre si una vez le sonreia la fortuna, pero estos propósitos nunca se cumplian. Cuando ganaba, nunca le parecia bastante la cantidad adquirida, y queriendo aumentarla algo mas, lo perdía todo.

Entonces se ponía frenético, y se lamentaba de no haberse retirado á tiempo, y volvía al mismo propósito. Pero cuando la ociosidad es un hábito; cuando el vicio se ha arraigado en el corazón del hombre, de una manera profunda; cuando el pensamiento se ha extraviado con una idea que está siempre fija en él; cuando el alma ha renunciado á los fueros de la razón dejándose supeditar por las bastardas pasiones cuando el pudor y la vergüenza han desertado del individuo, y á los rectos principios de moral cristiana han remplazado los del

desórden y la licencia; cuando pesa sobre la conciencia un remordimiento terrible, acusador, constante y justo; cuando el hombre tiene que acusarse de haber causado la muerte de algun sér á quien tenia obligación de amar toda la vida, no es posible que encuentre un momento de felicidad en la tierra; preciso es que ese hombre expie en el mundo parte de su enorme delito sufriendo un castigo proporcionado á su crimen, y no hay linaje de pena mayor ni mas terrible para un vicioso, que el vicio mismo.

Harto conocia Ernesto esta verdad; pero, á pesar de eso, entonces, mas que nunca se creia él con fuerzas suficientes para cumplir su propósito.

—¡Oh! si yo llegase á ganar una cantidad para vivir decentemente trabajando con ella—decia interiormente—no volveria á pisar ninguna de estas casas, donde el hombre, olvidando hasta los sentimientos mas tiernos de la naturaleza, se hace inferior á las mismas bestias. Pero ¡nada tengo....! ni hay ninguno tampoco de mis amigos

que quiera prestarme..... ¡Amigos....! ¡en el juego no hay amigos.....! no hay mas que seres ambiciosos, de corazon empedernido, codiciosos del dinero que uno lleva, que anhelan la ruina de aquel á quien estrechan la mano.....!

Y el jóven volvió á llevar la mano á los bolsillos; pero nada encontró.

De repente sus dedos tropezaron con un objeto, y su frente se iluminó con un rayo de esperanza.

—El siete y el rey.

Volvió á decir el tallador presentando otro albur despues de haber barajado perfectamente la baraja.

A aquella voz todos guardaron silencio.

Los puntos colpearon su dinero á la carta que eligieron.

Diego puso las doscientas onzas al siete.

El jóven que habia luchado con mil distintos afectos desde que sus dedos tropezaron con el objeto que acariciaba su mano dentro del bolsillo, dominado al fin por una especie de frenesí, lo sacó, y colocándolo sobre el rey, dijo:

—Vale diez duros.

El anciano, durante aquella lucha interior, se habia acercado al jóven y colocado á su espalda sin ser visto por éste.

—Se admite por los diez.

Contestó con calma el banquero despues de haber examinado la prenda y de haberse cerciorado de que valia doble.

—¡Corre!

Dijo el tallador.

—¡Esperad!—exclamó el anciano con terrible voz, apoderándose del objeto colocado sobre el rey.—¡Esta prenda no puede ser jugada....! ¡es la imágen de la mujer que dió la vida al infame que la juega.....!

—¡Padre mio.....!

Dijo aterrado el jóven Ernesto y reconociendo al anciano.

—¡Sí! ¡tu desgraciado padre que ha tenido que emprender un viaje hasta México, para convencerse de lo que le contaban.... de lo que no podia creer.... de que su hijo era un criminal.....! ¡el asesino de su tierna esposa y de su inocente hija.....!

—¡Perdon, padre mio, perdon.....!

Dijo horrorizado Ernesto.

—¡Sí.... te perdono....!—contestó conmovido el anciano.—¡Te perdono.... porque un padre no puede hacer otra cosa mas, que perdonar á sus hijos...! Pero no puedo perdonar á los infames que se ocupan en corromper el corazon de la juventud, abriéndoles las puertas de sus abominables casas, donde los hombres se reunen para robarse unos á otros lo que llevan.... lo que debieran consagrar al sustento de sus desgraciadas familias....!

El banquero que habia permanecido impasible, y que no era otro que Duval, volvió el rostro para reconvenir al que así se atrevia á insultarle.

El inconsolable padre á su vez iba á dirigirle la palabra; pero al clavar la vista en el rostro de Duval, se estremeció de sorpresa, y no pudo contener esta exclamacion: “¡Dios mio!” que se escapó de sus labios.

Duval, cuyos crímenes le hacian vivir temiendo siempre, recogió aquella exclamacion con terror y sobresalto; fijó la vista con

atencion en el que la habia proferido, pero por mas que llamó á la memoria en su auxilio, no pudo recordar haber visto otra vez sus facciones.

Sin embargo, la sorpresa y la exclamacion del padre de Ernesto le hicieron creer que aquel hombre le conocia, y esto le inquietó sobremanera.

Pero todo esto fué instantáneo; rápido como la luz del relámpago.

El anciano sorprendió la conmocion que habia causado en Duval su exclamacion; pero dudando aún de su memoria, le echó otra mirada analizadora, y se alejó acusándole de haber arrastrado á su desgraciado hijo á la senda de la infamia y de los vicios, y dirijiendo á éste una mirada de reconvenccion y de piedad.

Ernesto quedó inmóvil, con los brazos cruzados, fijos los ojos en el suelo, la cabeza inclinada sobre el pecho, y sin atreverse á despegar los labios.

Pasado aquel instante de sorpresa, el tallador, que habia suspendido el albur, volvió á gritar.

—¡Corre!

Todos los puntos, olvidándose de lo que había pasado, fijaron la vista en las cartas.

Duval, inquieto por la palabra que se le había escapado al anciano al verle, é interesado, por lo mismo, en saber quién era, y de dónde, se levantó mientras los demás estaban entretenidos en ver correr el albur, y se acercó á Ernesto que permanecía mudo y quieto como una estatua.

—¡Vamos.... no hay que abatirse por tan poco....!—Le dijo tratando de halagarle para entrar en conversacion con él y saber lo que deseaba.—Su padre de vd. exagera las consecuencias de una pasion generalizada en todo el mundo. Siempre los viejos ven peligros donde no hay mas que un inocente pasatiempo.

En aquel instante gritó el tallador.

—¡El siete mozo....!

Ernesto se estremeció como si le hubiesen tocado con la máquina eléctrica.

Había puesto al rey, y hubiera perdido la imágen de su amorosa madre, á no hárselo quitado tan á tiempo el anciano.

Esto le hizo estremecer y pensar en su crimen.

—¡No....!— exclamó horrorizado, dirigiéndose á Duval.—¡Mi padre no exagera....! ¡El juego es un vicio detestable.... desorganizador.... criminal....! ¡y el jugador un infame.... el que envenena la existencia de sus honrados padres.... el verdugo de su familia.... el asesino de su esposa y de sus hijos....!

Y horrorizado de sí mismo, y como si el ruido del dinero y la voz del tallador fuesen los acusadores que le recordaban en aquel instante su criminal conducta, maldijo el dia en que se apartó de la senda de sus deberes, y salió precipitadamente á la calle echando una mirada de indignacion sobre la concurrencia.

Duval hizo una seña para que se acercara, á un hombre que sentado en una silla habia estado preseneiando todo con la mayor imperturbabilidad.

El hombre se acercó, y Duval le dijo en voz baja:

—¡Ha visto vd., doctor, al anciano, pa-

dre de ese jóven que acaba de salir?

—Perfectamente.

Contestó Willey.

—Me interesa saber dónde vive: búsquele vd., pues, y no le pierda de vista; si toma un carruaje y se va á México, sígale vd. en el mio hasta ver en qué casa entra.

El doctor, sin detenerse un instante, salió á cumplir las órdenes de Duval, quien, aunque inquieto y sobresaltado interiormente, se volvió á sentar en la mesa de juego fingiendo la mas tranquila calma.

CAPITULO X.

Continúa la feria.

Era el tercero y último dia de la feria de Tlalpam.

La gente empezó á llegar de México al pueblo de la fiesta desde las tres de la tarde, hora en que los dueños de los almacenes y tiendas cierran, en ese dia, sus establecimientos, con objeto de que los dependientes disfruten del regocijo general.

Aun no habia la suficiente concurrencia de *puntos* en la casa de juego de Duval, y éste y el doctor, por lo mismo, dejando á cargo del director la *banca*, se paseaban en una pieza contigua, entregados á una conversacion interesante para ellos.